

Capítulo

I

Tal día como ayer, hace sesenta y ocho años, dos disparos muy distintos sonaron casi al unísono en Cerro Muriano. Uno de ellos, vomitado de un fusil, adelantó la muerte de Federico Borrell García. El otro salió de Robert Capa, que captó el último aliento de esperanza de aquel miliciano de Alcoy que cerró los ojos pensando que la Guerra Civil no acabaría con la II República.

Antonio López acababa de leer la noticia en el periódico local. Miró al infinito y toda su vida se le amontonó en un momento. Se dio cuenta de que, durante sesenta y ocho años, esa historia le había cambiado la vida y provocado una obsesión tan poderosa que le faltó muy poco para traspasar los límites de la cordura.

La noticia removió emociones ancladas en lo más íntimo, sentimientos tan punzantes que durante años le atenazaron como un imán y no le dejaron en

paz hasta que no le quedaron claras las circunstancias que rodearon la muerte de un pobre muchacho, al que una bala le atravesó el corazón.

Ahora, con la distancia que marca la vida, Antonio López pensó si no había sido todo un desatino, una locura soñada y no vivida, una disculpa para atenuar el aburrimiento de su vida en provincias. Sucedió y basta.

Siguió leyendo. Al parecer comenzaba el rodaje de un documental en Córdoba que homenajearía al miliciano de la foto más célebre de la Guerra Civil y a su autor, Robert Capa. Un documental cuyo guión era fruto de una investigación exhaustiva sobre la vida del miliciano abatido.

Hacía años que él había averiguado quién fue Federico Borrell y lo que ocurrió en Cerro Muriano y ahora resultaba que iban a hacer una película. Cerró los ojos y se dejó llevar por el calor del sol y de los recuerdos.

La primera vez que vio la foto fue en Estados Unidos, con un grupo de compañeros en la Clínica Mayo. Era el año 1936 y la Guerra Civil ya había comenzado.

Antonio en aquella época no sabía ni lo que era un miliciano, pues, por extraño que parezca, mientras España se mataba un grupo de estudiantes de último año de Medicina se regodeaba por América.

En aquella famosa clínica, Antonio se topó con la realidad; esa foto representaba el horror de la guerra y la lucha por las libertades que un grupo de militares pretendía arrebatar.

La foto del miliciano abatido firmada por Robert Capa impactó a Antonio, aunque no por lo que representaba: un hombre que moría luchando por defender unos ideales, y cuya muerte había captado un fotógrafo para enseñársela al mundo. A Antonio López, estudiante de Medicina, nacido en un recóndito pueblo de Castilla, lo que le impresionó fue la figura de la muerte, no el porqué de esa muerte.

Poco después de acabar la guerra, Antonio se preparó para ser forense. Siempre le había atraído ese mundo y, sobre todo, esclarecer las muertes sin resolver.

Antonio preparó oposiciones, las aprobó y mientras esperaba su destino se pateó el Madrid de la posguerra escarbando en las pocas bibliotecas que quedaban en pie en busca de alguna información sobre la fotografía que llevaba clavada en la retina. El deseo de descubrir quién era el miliciano y saber más de la figura de Capa se tornó en una obsesión, en una locura alucinatoria que le hacía, a veces, confundir lo real con lo soñado.

Si en las investigaciones tuvo poco o más bien ningún éxito, en el amor, en cambio, se llevó todos los triunfos. Se enamoró como un loco y se casó.

Al año de su boda le llegó el destino: Santa Cruz de Tenerife. No era el lugar que la pareja había deseado pero no tenían otro remedio. Una semana era el plazo para tomar posesión de su plaza de forense. Los preparativos del viaje y las despedidas de amigos y familiares ocuparon todo su tiempo. La noche anterior al viaje, Antonio andaba clasificando papeles, no podía llevarse todo el montón de notas, apuntes, periódicos... Y allí, debajo de un ejemplar del diario *Abc* en cuya portada aparecía una multitud de obreros trabajando en el futuro Valle de los Caídos, se topó con una hoja de la revista *Life*, con *Muerte de un miliciano* a toda página.

Otra vez el impacto y el desasosiego. Con la oposición, la boda y, ahora, el traslado a Canarias, Antonio había relegado a un rincón de la memoria el interés obsesivo con que esa instantánea se había incrustado en su vida. De pronto todo volvió al comienzo. Retornaron las preguntas: ¿Quién era el chico muerto? ¿Era la foto real o un montaje?

Se fue a la cama pensando que nada se podría aclarar sin tener una conversación con Robert Capa.

* * *

Una vez instalados en Santa Cruz de Tenerife, Antonio llegó a la conclusión de que el asunto de Capa

tampoco era algo vital, otras cosas ocuparían su mente que le harían igualmente feliz. Pero los hechos, tal y como se fueron sucediendo, vinieron a demostrar que no le sería posible, afortunadamente, abandonar a Capa durante el resto de su vida.

* * *

Compartía despacho con un personaje muy peculiar de la tierra, de unos cincuenta años, que con su calvicie prematura aparentaba muchos más. Nacido en Adeje y habiendo estudiado en Barcelona, amén de forense, barruntaba el tiempo, el color de las nubes, el lenguaje del Teide, de la tierra, así como de la vida y la muerte de la gente, de las leyendas canarias. Era el típico mago, nacido y criado en el campo, en las Canarias profundas, cuyo germen vital rocoso, duro, modelado a lo largo de los años por las vivencias peninsulares, hizo de él un personaje excepcional, un gran tipo. Cuando ganó la oposición, a don José —ése era su nombre— no se le pasó por la cabeza ir a desempeñar su oficio a otro sitio que el elegido por la sangre. Para Antonio, don José fue una sorpresa, una de esas sorpresas que le marcan a uno la vida, el oficio, el quehacer diario y la felicidad.

—Mira, Antonio —le dijo un buen día mirándole con una expresión de bondad que jamás había

captado en nadie—, yo no tenía ni idea de qué iba eso de la tanatología, toxicología y demás saberes de la Medicina Legal. Pero cuando llegué a sexto curso de Medicina me entusiasmé tanto con ella que, nada más convocarse las oposiciones, las firmé sin pensármelo dos veces, porque sabía de sobra que la gente que sacaba plaza en las Islas no duraba ni dos meses, y que las posibilidades de regresar aquí eran muchas. Yo esto lo quiero con toda mi alma, lo he querido siempre, forma parte esencial de lo que soy, llevo sangre canaria desde tiempos ancestrales. Lo único que necesitaba era meterme en el grupo de los aprobados, pues aunque sacara el último, de sobra sabía yo dónde pondría mis posaderas para el resto de los días. Y así sucedió. Durante todos estos años, no te puedes imaginar la de gente que ha ocupado esa silla en la que estás sentado. Yo saludaba, me presentaba, les decía que había trabajo, que no se iban a aburrir, pero me daba cuenta enseguida de que en su mirada existía ese halo de tristeza y nostalgia típica del peninsular recién incorporado, el mismo que adivino en la tuya en estos momentos.

El tipo tenía una intuición especial para todo. Vivía solo. Soltero. Soltero de siempre. No se le conocía amancebamiento. Pero sí putas. Y pipa. Se pasaba el día fumando en pipa, el despacho era una pipa, bucles ensortijados de humo por todas partes,

impregnando las paredes, las mesas, las sillas, de ese aroma tan especial del tabaco que fumaba; canario, por supuesto. Le encantaban las papas, el mojo picón, el potaje y los carnavales.

* * *

Pasado un tiempo, don José le preguntó a Antonio el porqué de tanto trasteo entre libros y fotos, y de que siempre tuviese una copia de *Muerte de un miliciano* en el mismo lugar de la mesa.

Antonio le explicó todo desde el inicio, el desasosiego por saber más de aquella foto y de quien la hizo.

—Es la primera vez en mi vida que oigo hablar de este fotógrafo.

Pero empezó a interesarse.

—Yo, la guerra, apenas la noté —le señaló a Antonio otro día—. Por aquí hubo pocos muertos, aunque el odio y la venganza zanjaron con la sangre algunos asuntos pendientes. Las guerras son así, todas. En cualquier caso, nunca alcanzó esa dimensión tan monstruosa que tuvo en la península.

Pero la fotografía le generaba las mismas dudas que a Antonio.

—La mano —le dijo—, en buena lógica, no debería desprenderse del fusil, abandonarlo, sino, muy

al contrario, aferrarlo. Si la muerte acaeció, como quiere dar a entender la foto, en pleno campo de batalla, con tensión psicológica extrema, el espasmo cadavérico debió de inmovilizar al muerto, tal y como estaba en el instante decisivo del fallecimiento.

»También resulta extraño —continuó— que los pies permaneciesen tan asentados sobre el suelo, si la bala alcanzó al miliciano bajando rápidamente la cuesta. Pero puede ocurrir, aunque no parezca lo más lógico. A lo largo de mi actividad profesional, el cadáver no se muestra constantemente como uno espera que lo haga. Déjame pensar. Dame tiempo.

Antonio le puso al día. Le contó dónde empezó todo, cuáles habrían sido las circunstancias en las que cayó en sus manos, por primera vez, la imagen. La incredulidad y las dudas entre realidad y ficción.

—Te comprendo, Antonio. Pero en esta vida, y sobre todo en nuestro oficio, lo que parece evidente a veces no lo es y, en ocasiones, los pequeños detalles sugieren muchas más cosas de las que uno espera.

—Lo mejor que me podría pasar en esta vida sería hablar con Robert Capa —comentó Antonio—. Sueño con ello. Sería la manera de descubrir muchas cosas —concluyó Antonio con cierta melancolía en la voz y mirando a don José con ternura infinita.

Don José era un personaje larguirucho, huesudo, de cara tan alargada que parecía no terminar nun-

ca por el pronunciado prognatismo. De la brevedad de sus labios asomaba con reiterada frecuencia la punta de la lengua, pensaba Antonio que con la intención de humedecerlos, pues su sequedad era evidente por el desgaste mecánico casi constante de su avejentada pipa. En contraste con su afilamiento facial longitudinal, los pómulos, apenas sugeridos, estaban cubiertos por una piel tan exageradamente surcada y acartonada que lo envejecía muy por encima de su auténtica edad cronológica, así como su apéndice nasal: mínimo, de cuyos orificios cabía esperar poca cosa, en el laborioso entramado de su respiración, del rodaje de su aire por los tránsitos anatómicos correspondientes.

Pero era muy buen tipo. Leía y leía sin parar; lo de antes y lo de ahora, con unas gafas de montura de alambre que reposaban con frecuencia en la punta de la escasa nariz y que retiraba con su mano derecha en el mismo instante en que dejaba de leer.

El cuarto que los cobijaba —un bajo de un edificio de seis pisos que miraba a la calle Castillo— era de una solemnidad apocalíptica, de una extensión sin límites, acuartelado en una gigantesca biblioteca que, adosada a las cuatro paredes, solamente dejaba pasar la luz que penetraba a través de una ventana de dimensiones reducidas. Dos mesas de madera de roble,

envilecidas por el desgaste típico del uso, servían de asiento a todo el papeleo que exigía fichero, carpetas y demás menesteres necesarios para el laboreo de un profesional de alterne en la Medicina Legal.